

EDITORIAL

LA VIOLENCIA COMO FORMA DE EXPRESION

Estamos viviendo una época caracterizada por el arrinconamiento masivo de fórmulas de convivencia social, posiblemente en desuso, bien para ser sustituidas por otras aun no encontradas, por aquello de "renovarse o morir", bien para borrar de un plumazo todo lo que huele a naftalina.

No seré yo quien me aferre a un tozudo y grotesco inmovilismo, sin embargo me gustaría conservar si ello es posible —y mientras no se descubra una fórmula mejor de intercomunicación humana— la honrada y sana costumbre de plantear las controversias de criterio en un diálogo entre amable y festivo. Me parece bien ajustar la hora al reloj de nuestro tiempo, pero de ahí a arrojar por la borda todo lo que separa al "epitecantropus erectus" del hombre de nuestros días, va un abismo.

El despiadado retrato freudiano del hombre civilizado que tras de una superficie limpia plena de amabilidad, correcta educación y altruismo, esconden una salvaje flora psíquica de las más primitivas ansias de poder, celos, sexualidad y deseo brutal de destrucción, cobraría sus más acentuados rasgos si, como se apunta, al respetuoso intercambio de opiniones contrapuestas en un departir afable —en el que la palabra presta al hombre sus más exquisitos signos de dignidad— sucediera la grosera provocación del soliloquio impositivo, violento, carente de lógica dialéctica.

Viene todo esto a cuento, pues de un tiempo a esta parte los aires de fronda que azotan lo que se ha dado en llamar "status social" y que amenazan con derrumbarlo con más o menos estropicio, han empezado a soplar, y con fuerza, en un área que hasta hace relativamente poco tiempo había permanecido al margen de los avatares socio-políticos que han conmocionado al mundo en su ya larga historia. Me refiero, cómo no, al DEPORTE.

No voy a caer en el tópico acostumbrado de referir mi comentario a la violencia física, al parecer "in crescendo" en los escenarios deportivos, pues quizás este fenómeno tendría justificación al situarse en el marco de una sociedad convulsa y ser, al fin y al cabo, su lógica resultante.

Me refiero más bien a la violencia dialéctica que impera en todo lo que enmarca al deporte, pero fuera del propio hecho deportivo, y que están convirtiendo a éste en todo lo contrario de lo que en su propia esencia representa. El triunfalismo político, la intransigencia nacionalista, las luchas raciales, la miopía o el egoísmo exacerbado de una buena parte de sus dirigentes, la profesionalización "sui generis" del deportista, tienen no poco que ver en el repugnante espectáculo de pasiones desatadas con que el deporte nos obsequia en frecuencia desusada.

Por si todo ello fuera poco, regodeándose en el sucio vertedero de entrebastidores —salvo honrosísimas excepciones— la "gloriosa" legión de los hombres del "cuarto poder" (?): La ciega carga agresiva con que se adereza cualquier manifestación deportiva por parte de los medios de información y

su crítica feroz y sangrante, hallan un eco propicio entre una masa espectadora escasamente educada deportivamente y ansiosa de encontrar una válvula de escape a sus muchas frustraciones.

En verdad que el panorama dista de ser optimista, yo diría que en el deporte se repite el fenómeno psicológico, conocido con el nombre de *pollate* entre los indios *kwakint*, según el cual la superioridad no sólo se demuestra creando y obsequiando con objetos diversos, sino, y sobre todo, destruyéndolos para así hacer patente que puede prescindirse de ellos...

Repitiendo lo que decíamos en una de nuestras editoriales, hace ya algunos años, y que completa un tanto lo apuntado al inicio de ésta «estamos asistiendo, quizás sin percatarnos de ello, a una radical e irreversible transformación de las estructuras de un "status" evidentemente en crisis, y el deporte no podía quedar marginado, como fenómeno social integrado en nuestro tiempo, de las bruscas sacudidas de una etapa revolucionaria». Pero de eso a renunciar a la palabra moderada, al diálogo respetuoso y a la libertad de criterio, por el alarido intempestivo, por el grosero monólogo o por la imposición del que más chilla, ¡ni hablar!

Queden la violencia y la grosería en la expresión para los que habiendo perdido la capacidad del razonamiento intelectual sólo les queda la primaria reacción del rebuzno y de la coz, y sigamos, los que aun rendimos culto a la palabra, dialogando e intentando comprendernos.

J. G.